

Era la una de la madrugada. Don Mariano estaba cansado de hablarle al televisor. Los personajes de la película de vaqueros no parecían escuchar ninguno de sus comentarios. Alicaído por no recibir respuesta durante varias semanas, apagó el televisor, se abrigó con su chaqueta, se puso la mascarilla, la boina, y salió a la calle con bastón en mano.

Llevaba tres semanas sin ver a nadie. Los vecinos le dejaban la compra en la puerta por miedo a contagiarlo. Don Mariano discutía una y otra vez con el televisor sobre aquel virus. Argumentaba efusivamente que aquel virus no podría ser peor que los años de después de la guerra. Se decía una y otra vez: «Si en aquella época no nos pasó nada rebuscando en la basura para comer unas míseras cáscaras de naranja, ¿Cómo vamos a morir por una gripe?». A pesar de ello, Don Mariano sabía que no tenía razón. Discutía con el televisor para frenar el aburrimiento y no sentirse tan solo.

La madrugada estaba despejada y oscura en la ciudad de Toledo. Las estrellas se veían con facilidad, incluso para sus ancianos ojos. Se alegraba de pasear por primera vez en la primavera. Todavía hacía frío y Don Mariano lo notaba en sus rodillas. Le dolían, por lo que caminaba más despacio de lo habitual.

Don Mariano era consciente de que se estaba saltando el confinamiento. No podía aguantar más tiempo encerrado y solo. Su único hijo, Antonio, vivía en Madrid. Antonio le decía todos los días que no saliera, que en cuanto pudiera, iría a verle, pero que lo mejor era esperar a ver que sucedía con el virus. Don Mariano entendía que su hijo tuviera miedo de contagiarle, pero discutía una y otra vez que ya estaba demasiado viejo, y que pasaría lo que Dios quisiera que pasase. Antonio se enfadaba con su padre, pero se encargaba de mantener el contacto con los vecinos para que Don Mariano pudiera tener todo lo que necesitara.

Pero lo único que Don Mariano necesitaba era tener el calor de una persona cercana. «¿Para qué voy a esperar a que pase toda esta situación? Ya soy mayor y tarde o temprano me tendré que ir. Yo solo quiero compartir buenos momentos con alguien». Se decía para sus adentros.

Habían pasado treinta años desde el fallecimiento de su esposa y, desde entonces, Don Mariano se apoyó en sus amigos del barrio. Los de toda la vida. Se reunía todas las tardes en la Plaza del Ayuntamiento, con Miguel, Saturnino y Lucio. Se sentaban en los bancos que miraban a la fachada principal de la Catedral, y desde ahí recordaban los buenos tiempos.

Don Mariano, llevado por la nostalgia, se encaminó a la Plaza del Ayuntamiento. Una vez allí, se sentó en el banco que mejor respaldo tuviera para sujetar su cansada espalda. Después de acoplarse bien, alzó la vista en la oscura noche.

Observando al gigante nocturno en el se convertía la torre de la Catedral en la noche, le fue involuntario sonreír. Se alegraba de ver que la ciudad en la que llevaba noventa años, seguía con él.

SIEMPRE ESTARÉ A TU LADO

Javier Sánchez Rodríguez

«Aquí estamos otra vez, vieja amiga. Han pasado varias semanas desde que no nos veíamos. Tengo un poco de sueño y sé que debería estar en casa, pero hace mucho que no hablo con nadie y tú eres la única amiga de toda la vida con quien puedo hablar, sin miedo a contagiarme». Don Mariano alzó la vista y en ese momento el hombre habría jurado que la oscura torre le devolvía la mirada. Don Mariano pensaba en lo distinta que se ve sin los focos que la iluminaban antes del confinamiento. Ahora la ciudad estaba apagada y triste. Don Mariano miraba la torre y entendía que ella también debería de sentirse sola. Hacía mucho tiempo que nadie la visitaba. Decidió preguntarla.

«Hace mucho que nadie te visita, vieja amiga, ¿Qué tal estás?». Don Mariano esperó una respuesta que no llegaría. Aunque algo le decía que la Catedral le entendía y le quería responder.

«¿Recuerdas los buenos momentos? Justo, a tus pies, probé mi primer helado. Me lo compró mi padre poco tiempo antes de desaparecer en la guerra. Mi madre le echó mucho de menos. Y yo también. También recuerdo cuando me enamoré de Felisa con 12 años. Ella me decía que yo era raro y que pasaba demasiado tiempo en silencio, y mira ahora, aquí estoy hablando contigo. ¿Te acuerdas del coscorrón que se dio Antonio con la bicicleta? Fue cuando intentó bajar de aquel escalón tuyo. Todavía tiene la brecha en la barbilla. O eso creo».

Don Mariano miró de nuevo a lo más alto de la torre y un suspiro de viento hizo que su boina casi saliera disparada de su cabeza. Don Mariano se la quitó para evitar perderla y se dirigió nuevamente a la torre. «¿Me quieres decir algo? Háblame, será nuestro pequeño secreto. No se lo contaré a nadie. Solo lo sabremos tú y yo, vieja amiga».

El viento arreció aún más y Don Mariano pudo escuchar, en susurros, la voz de la Torre:

«Mariano, todo irá bien. Tu hijo te quiere y hace lo que puede para que estés bien. Volverá pronto. Te prometo que todo esto se pasará. Yo estaré siempre para ti y juntos seremos más fuertes. Ahora vuelve a casa, por favor».

De repente, Don Mariano abrió los ojos. Estaba en el sillón del comedor. Se había dormido después de comer. Alguien le había tapado con una manta. La puerta de la entrada se abrió en ese momento.

«Antonio, hijo, creía que me había quedado sólo».

«No Papá, salí a comprar polvorones. Mañana es Nochebuena y Mamá siempre decía que te gustaba comerlos ese día, ¿Te acuerdas?».

«Hijo, no quiero volver a estar sólo. Te echo de menos, vuelve a casa, por favor».

«No te preocupes Papá. Se que la cuarentena fue difícil, pero siempre estaré a tu lado. Pase lo que pase, saldremos de esta».

«Gracias, hijo».